



PINTURA UNA CUIDADA ANTOLOGICA DESCUBRE A LA INTERESANTÍSIMA FE BLASCO (BARCELONA, 1952)

Comentarios de un apocalipsis privado

ANTOLÓGICA

**Por alegrías
y disparates**

Pinturas de Fe Blasco. Comisarios: M^a Luisa Grau Tello y Antonio Ansón. Torreón Fortea. Hasta el 28 de julio.

Al menos para mí, la antológica de Fe Blasco (Barcelona, 1952) ha supuesto un descubrimiento. Espero que no sólo para mí. Es una pintora de currículo corto, y aunque una de sus pocas exposiciones se hiciera en Zaragoza, en la galería Odeón, 1993, confieso que no la recordaba. Intuyo que no pude verla. La web de la artista nos recupera, no obstante, la reseña que hizo en HERALDO Pedro Pablo Azpeitia, y donde decía intuir que, en ella, «el objetivo principal (...) fuera intentar advertirnos de que hay algo más de lo que ven los ojos».

No se puede decir mejor. Estas obras provocan la extrañeza. Y la paradoja es que sean retinianas en el sentido más estricto. Y al pintor retiniano por excelencia, a Matisse, remite algunos de los cuadros recientes de Fe Blasco. Por ejemplo, 'El vestido', donde las decoraciones comparten protagonismo con la figura, y donde una ventana trae el jardín al mismo plano. Pero algo nos dice que hay un sentido oculto, que invita a pensar que, por ejemplo, el colgante sobre el escote de la mujer sea una clave.



La obra 'Nada', en la atractiva exposición de Fe Blasco que puede verse en el Torreón Fortea. TONI GALÁN

Esta artista pinta escenas de circo, y se autorretrata como domadora calva. Este del circo parece tema del pasado, de la bohemia de Montmartre, del Picasso azul, de Léger, de Chagall. En uno de los cuadros de Fe Blasco, los seres picassianos se sientan a la mesa, y se hacen malabares, entre otras cosas, con una paleta. Diría que identifica pintura y circo, y después, vida y circo. La psique se plantea como una pista donde irrumpen fieras, no siempre domesticadas. De algún modo, lo que observamos, bajo esté-

tica montmartriana son fenómenos montparnassianos, surrealistas.

Comisariada por M^a Luisa Grau Tello y Antonio Ansón, tanto la exposición como su catálogo tienen un cuidado diseño. Fernando Lasheras está tras el concepto gráfico. Unos elementos que se repiten en catálogo, cartelas, etc., son los palos de la baraja francesa. Al margen de que el rojo y el negro jueguen su papel en Fe Blasco, la idea de los palos como emblemas, de la baraja como juego de arquetipos, permite

ensayar un acercamiento simbólico a imágenes que no deben confundirse con lo naif.

El catálogo está emparedado entre dos textos de dos escritores. Nada menos que Enrique Vila-Mata, por delante, y Enrique Murillo por detrás. Murillo, conocido también como editor (fundador de Los libros del lince) es la pareja de Fe Blasco, y su texto nos resume la vida de la artista, llena de incidencias clínicas, complicaciones psicológicas desde la adolescencia, más problemas oncológicos en años pos-

teriores. Estos problemas son motivo para una retirada del mundo, que hace de sus traumas y su cotidianidad esa mitología privada que alimenta su iconografía.

En otra de esas reseñas colgadas en la web de la artista, Juan Manuel Bonet -eterno proveedor de datos- apunta que Fe Blasco tuvo a Ferrán García Sevilla como profesor en Bellas Artes, en Barcelona. Algo de aquella figuración desmañada, hecha de emblemas, que practicara García Sevilla, parece que asome en esta artista. Los comisarios nos invitan a pensar también en otras inspiraciones, en los códices miniados mozárabes, en el Beato de Liébana. El acrílico "Jinete", de 2008, con su caballo salvaje, es ejemplo en lo iconográfico, muchas otras obras, en la integración de los motivos y decoraciones. La selección realizada para esta exposición parte de los noventa. A partir de esos años, parece que su vida interior provea a Fe Blasco de argumentos suficientes. Obras en acrílico, en un mismo formato, un cuadrado que, en ocasiones, gira 45°. Tamaños domésticos. Pintura de colores planos, de perspectiva medieval, entre primitiva y culta. Alejada del realismo y aferrada a la figuración. Donde no faltan las alusiones a la muerte. Bastantes de las obras resultan impactantes en cuanto a diseño. Por ejemplo: 'El restaurante chino' (1994), o 'El lince' (2008). En ambos casos, nos habla de la pareja. Y de un curioso juego de miradas.

ALEJANDRO RATIA

AMO LITTERAS / PEDRO BOSQUED

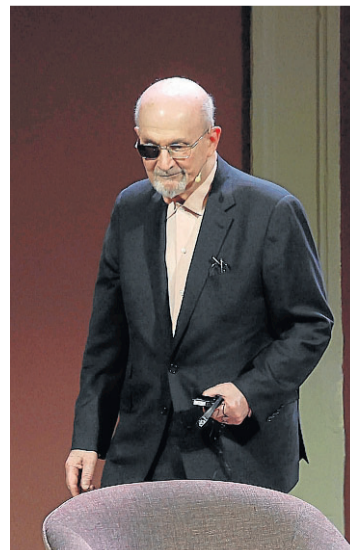
El arco vital de Salman Rushdie

En estas mismas páginas, esta primavera que acaba de irse, salió la reseña del último libro del escritor Salman Rushdie. Tras su intento de asesinato sufrido hace dos años, relató en 'Cuchillo' las cuchilladas del fanático veinteañero que intentó terminar con su vida. Gracias a que no lo logró y al tiento, calma, humor y carácter como escritor, Rushdie entregó un libro sincero, pulcro, valiente sabiendo que era ya otro.

En estas mismas páginas, hace justo cuarenta años, Luis Horno Liria reseñaba una de sus primeras obras, 'Hijos de la medianoche', donde se narra los niños nacidos en la India en la primera hora de su independencia en agosto

de 1947. Mil y una nuevas criaturas que entre las doce y la una de la madrugada se convirtieron en los primeros en nacer con la nueva nacionalidad india. Casi dos meses después de que Rushdie naciese en Bombay. Casi cuarenta años después de que naciese el autor, se editaba en España. Casi cuarenta años iba a cumplir Rushdie cuando salió este, su primer libro capital.

Horno Liria hablaba de como el escritor radiografiaba la nueva sociedad que despertaba tras la retirada británica, con tonos mágicos, con ecos de García Márquez, Grass pero también de Tagore o Kipling. Ironías de la vida, hemos dado saltos de cuatro en cuatro décadas, pero tras el último salto,



Rushdie en Madrid. JJ GUILLÉN/EFE

de todos los apellidos nombrados, solo queda vivo el de Ruhsdie. Y gracias a unas inexpertas cuchilladas.

Y volver a revisitar ese 'Hijos de la medianoche' genera, aunque sea inconscientemente, el pulso inverso de la taquicardia, la respiración calmada cuando se reflexiona más que el paso de los años, el paso de una época de la que todavía no creemos que nos hemos ido. Pero la independencia de la India, los ochenta analógicos y la actualidad tienen demasiados puntos divergentes para no considerar a Rushdie como un superviviente que además nos regala humor donde el crono está extinguiéndose. La literatura, como escritura, es un empeño contra el ol-

vido que otorga el tiempo. Repensar lo que son cuarenta años literarios a través del mismo autor en estas mismas páginas de HERALDO ayudan a entender que no es el atentado lo que queda cuando escapa la noticia. Es la capacidad que tiene para activar en nuestra memoria un recuerdo indeleble lo queramos o no. Como una obra incontestable. Llamémosla imprecadera, hagámosla inmortal o creamos que ser coetáneos de Salman Rushdie nos hace estar algo más cerca de no descarriarnos.

Para eso también sirve la literatura. Para ver el nacimiento de una nación, el intento de asesinato de uno de sus primeros ciudadanos y para ya saber que pase lo que pase, Rushdie es inmortal por su trabajo y su humor. Lo llevaremos siempre con nosotros, cosas de leer un periódico alejados de la marca de la temporalidad.